

Un Análisis Antropológico de la Guerra

Por el Dr. Bronislaw MALINOWSKI. De The American Journal of Sociology, Vol. XLVI, Nº 4, January, 1941. Traducido del inglés por Oscar T. Ritcher.

R E S U M E N

LLEVA a confusiones el considerar los actos individuales de violencia de las luchas primitivas como antecedentes generales de la guerra moderna, y es falsa la creencia de que la guerra sea un resultado necesario de la naturaleza biológica del hombre. En las sociedades humanas el impulso de la cólera se transforma por lo común en actitudes hostiles o en actos de violencia determinados culturalmente. Dentro de una institución los conflictos se someten a las normas de la conducta, a las técnicas, la ética y la ley. La guerra es productiva culturalmente cuando crea una institución nueva, o un estado nación. El motivo económico no se presenta en la guerra hasta que se ha desarrollado un cuerpo de riqueza transportable; hasta que los alimentos han podido conservarse y transportarse y hasta que las artes productivas hayan adelantado de tal manera que un solo hombre pueda producir más de lo que consume. El efecto cultural más importante de la conquista es un enriquecimiento en la vida nacional mediante una división de funciones entre los conquistadores y los conquistados, a través del desarrollo de nuevas instituciones en las que los conquistadores proporcionan el elemento político y los conquistados la eficiencia económica. El totalitarismo, por destruir los recursos de la cultura y su estructura, es incompatible con la constitución de las so-

ciudades humanas para el negocio normal de producir, mantener y transmitir la riqueza, la solidaridad, la razón y la conciencia son los valores y los indicios reales de la civilización.

I. LA GUERRA A TRAVÉS DE LAS EDADES

En todo *symposium* de las ciencias sociales sobre la guerra tiene derecho a figurar la antropología, que es sobre todo un estudio del género humano. Es obvio que el antropólogo no debe aparecer simplemente como un heraldo que anuncia el advenimiento de la guerra en la perspectiva de la evolución humana; y muchísimo menos como el payaso de la ciencia social, alegrando el *symposium* con anécdotas de canibalismo, de la caza de cabezas, de los ritos mágicos prepósteros o de las danzas guerreras.

La antropología ha hecho más daño que bien, al introducir la confusión con mensajes optimistas del pasado primitivo, pintando a los ancestros de la humanidad viviendo en una edad de oro de perpetua paz. Y aún es más confusa la enseñanza de aquellos que sostienen que la guerra es una herencia esencial del hombre, un destino psicológico o biológico del que nunca se podrá libertar. ¹

Existe, sin embargo, un legítimo papel para el antropólogo. Estudiando las sociedades humanas sobre la amplia base de la perspectiva del tiempo y de la distribución espacial, estará capacitado para decirnos lo que es realmente la guerra. Si la guerra es un fenómeno cultural que se encuentra al principio de la evolución; cuáles son sus causas determinantes y sus efectos; cuál es su creación y qué es lo que destruye —cuestiones

¹ La idea del pacifismo primitivo del hombre está asociada con el nombre de Grafton Elliot Smith, W. J. Perry; de Fr. W. Schmidt y otros miembros del colegio de Viena. Los estudios de R. Holsti, van der Bij, y G. C. Wheeler nos muestran que los "salvajes más inferiores" no vivían en un estado "de guerra perpetuo". Lo cual es substancialmente correcto. Sin embargo, no justifica generalizaciones como las de Elliot Smith cuando dice: "El hombre natural. es bueno en el fondo, honesto y considerado, casto y pacífico".

La idea de que la guerra ha sido, es y será el destino del género humano ha sido elaborada por S. R. Steinmetz y sostenida por autoridades antropológicas como Sir Arthur Keith y el Prof. Ralph Linton. Ha sido aceptada en parte por el Dr. J. Shotwold y el Prof. Quincy Wright entre otros líderes de la ciencia social. Una presentación clara y esencialmente correcta del comienzo de la guerra y de sus determinantes reales, se encuentra en el artículo titulado "Guerra" en la *Encyclopaedia of the Social Sciences*, escrita por el Profesor Alvin Johnson.

éstas que pertenecen a la ciencia del hombre. Las formas, los factores y las fuerzas que definen y determinan la guerra, deberán por tanto, analizarse dentro de una teoría correcta antropológica de la guerra.

Todos estos problemas tienen su sostén teórico y práctico. Como miembro de un *symposium* de la guerra inspirado en un interés pragmático y filosófico, el antropólogo deberá conocer todas las circunstancias actuales de la guerra y los problemas prácticos que se originan de nuestra crisis contemporánea. No hay tiempo que desperdiciar en averiguar por qué arde Roma —o mejor dicho, por qué Roma ayuda a Berlín a incendiar el mundo.

Dictado por el sentido común, indispensable para el buen estadista, basado en la reflexión abstracta y filosófica, persistiendo por encima de los gritos de batalla de los ejércitos atrincherados y de los proyectos de la diplomacia, el problema principal del día es simple y vital: ¿debemos abolir la guerra o debemos someternos a ella por elección o por necesidad? ¿Es de desearse una paz permanente, y es posible ésta última? ¿Y de ser posible, cómo la haremos propiciatoria? Seguramente que habrá que pagar un precio muy alto por cualquier cambio fundamental en la constitución del género humano. Claro está, que en este caso, el precio sería el de la rendición de la soberanía del Estado y la subordinación de todas las unidades políticas a un control mundial. Si este sacrificio es mayor o menor dentro de los términos de progreso, cultura y personalidad, que los desastres producidos por la guerra, eso ya es otro problema cuya solución deberá fundamentarse en argumentos antropológicos.

Creo que la tarea de evaluar la guerra en términos de análisis cultural, es hoy el principal deber de la teoría de la civilización. En los países democráticos debe liberarse a la opinión pública del prejuicio, y purificarla en lo que se refiere al conocimiento sano. Los Estados totalitarios están empleando mucha energía y previsión y haciendo obra constructiva en la tarea de imbuir sus doctrinas en las mentes de sus gentes, tanta como la que gastan en construir armamentos. A menos que nosotros nos unamos ética y científicamente en la tarea contraria, no estaremos en condiciones de oponernos a ellos. Al mismo tiempo, la comprensión cultural completa de la guerra en sus relaciones con la nacionalidad y el Estado, en sus movimientos y efectos, en el precio pagado y en las ventajas obtenidas, es también necesaria para el problema de proporcionar instrumentos a cualquier cambio fundamental.

El problema de lo que es la guerra como fenómeno cultural cae naturalmente dentro de las ramas constitutivas de las determinantes biológicas de la guerra, de sus efectos políticos y de su constructividad cultural. En la siguiente discusión de las pugnas y la agresión, vamos a ver que hasta las luchas preorganizadas no son una simple reacción de la violencia producida por el impulso de la cólera. La primera distinción que emerge de nuestro análisis es entre las luchas colectivas organizadas contra actos de violencia espontáneos, esporádicos e individuales que son los antecedentes del homicidio, el asesinato y el desorden cívico, pero no de la guerra. Demostraremos entonces, que las luchas organizadas tienen que ser discutidas del todo con relación a su fondo político. Las luchas dentro de una comunidad llenan una función enteramente diferente de la de los combates o batallas intertribales. Y aún entre éstas últimas, sin embargo, tendremos que distinguir entre las guerras culturalmente efectivas y las operaciones militares que no dejan una huella permanente en términos de difusión, de evolución o de cualquier efecto posterior histórico y perdurable. De todo esto tiene que surgir el concepto de "la guerra como una disputa armada entre dos unidades políticas independientes, por medio de una fuerza militar organizada en la consecución de una política tribal o nacional".² Y ésta, como una definición mínima de la guerra, ya veremos lo fútil y confusa que es en relación con las quimeras, los gritos y las luchas primitivas como antecedentes genuinos de nuestra presente catástrofe mundial.

II. LA GUERRA Y LA NATURALEZA HUMANA

Tenemos entonces, primero, que enfrentarnos con el caso de "la agresividad como conducta instintiva"; en otras palabras, de la determinación de la guerra por motivos intrínsecamente biológicos. Las expresiones de "la guerra es tan antigua como el hombre", "la guerra es inherente a la naturaleza humana", "la guerra está determinada biológicamente", o carecen de sentido o nos quieren significar que la humanidad tiene que producir guerras, lo mismo que todos los hombres tienen que respirar, que dormir, que procrear, que comer, que caminar, que evacuar, donde quiera que vivan y cualquiera que sea su civilización. Muchos escolares saben esto y muchos antropólogos ignoran justamente los hechos que acabamos

² Cf. mi artículo "The Deadly Issue", *Atlantic Monthly*, CLIX (December, 1936), 659-69.

de mencionar. El estudio del hombre ha eludido ciertamente lo concerniente a las relaciones entre la cultura y los fundamentos biológicos de la naturaleza humana.³

Digamos simple y sencillamente que el determinismo biológico quiere decir que en ninguna civilización puede sobrevivir el organismo individual y continuar la comunidad sin una incorporación integral dentro de la cultura de aquellas funciones corporales como la respiración, el sueño, el descanso, las excreciones y la reproducción. Esto parece tan obvio que ha sido pasado por alto constantemente o bien omitido intencionalmente en el análisis cultural de la conducta humana. Sin embargo, desde el momento en que las actividades biológicas son determinantes en cierto sentido de la cultura, y desde que, recíprocamente toda cultura refina, dirige y transmuta muchas de estas actividades biológicas, la interrelación e interdependencia actual no puede ser olvidada por la teoría antropológica. Tendremos que definir brevemente en qué sentido ciertas fases de la conducta humana son invariantes biológicas y entonces aplicar nuestro análisis a la agresión y a la pugna.

Todo organismo humano experimenta a intervalos el impulso del hambre. Esto lo lleva a buscar alimento y en seguida a tomarlo, que es el acto de comer, y cuya satisfacción produce la saciedad. La fatiga exige descanso; la acumulación de la misma, sueño; seguidos ambos por un nuevo estado del organismo que el fisiólogo puede definir dentro de los términos de las condiciones de los tejidos. El impulso sexual, más esporádico en su incidencia y rodeado por determinantes culturales más elaboradas y circunstanciales del cortejo; de los tabús sexuales y de las normas legales, lleva no obstante a una definida función de ayuntamiento —la conyugal—, que a su vez es seguida por un estado temporal de quietud en lo que a este impulso se refiere. Esta función puede dar comienzo a una nueva serie de eventos biológicos: la concepción, la preñez, y el nacimiento del niño, que deberán ocurrir regularmente en toda la comunidad si ha de sobrevivir y continuar su cultura.

En todos estos hechos sencillos y “obvios” existen unos cuantos principios teóricos de gran importancia. La cultura en sus innumerables varie-

³ Las frases entre comillas han sido tomadas de la literatura científica actual referente a la guerra. Los problemas teóricos de las necesidades básicas humanas y su satisfacción dentro de una cultura, han sido tratados en mi artículo titulado “Culture” en la *Encyclopaedia of the Social Sciences*, y en un ensayo sobre “The Group and the Individual in Functional Analysis” publicado en el *Journal*, XLIV (mayo, 1939), 938-64.

dades define las circunstancias dentro de las cuales un impulso puede satisfacerse y puede en algunos casos modelar el impulso y transformarlo en un valor social. La abstinencia y las sujeciones prolongadas pueden modificar ligeramente las funciones del organismo en lo que al sexo y al hombre se refiere. Las vigiliias y los largos períodos de intensa actividad pueden determinar el descanso y el sueño no solamente por reglas orgánicas sino también culturales. Hasta las actividades fisiológicas más regulares y aparentemente más puras como la de la respiración están eslabonadas con las determinantes culturales, en parte en la habitación y en los dormitorios que acondicionan un tanto la cantidad de oxígeno disponible, y tasan el aliento en el acto de la respiración, identificadas con la vida misma, han sido el prototipo de toda una serie de prácticas y de creencias relacionadas con el animismo. Lo que, sin embargo, nunca podrá hacerse en ninguna cultura es la completa eliminación de cualquiera de estas funciones vitales impuestas a todas las culturas por la naturaleza humana. Podemos condensar nuestro argumento en la forma de un simple diagrama :

Impulso — — Reacción Corporal — — Satisfacción.

Podemos decir que la menos variable de estas tres fases, en lo que se refiere a las influencias culturales, es la del centro. La respiración, la alimentación, el acto del ayuntamiento y el proceso del sueño son fenómenos que tienen que describirse dentro de los términos de la anatomía, la fisiología, la bioquímica y la física. El segundo punto de importancia es el de los dos eslabones —entre el impulso y la reacción corporal y entre ésta y la satisfacción— son realidades fisiológicas y psicológicas bien definidas como la misma reacción corporal. En otras palabras, toda cultura tiene que incorporarse integralmente la serie completa de funciones vitales de las tres fases. Porque cada una de estas funciones vitales tripartitas son indispensables para la vivencia del organismo y en el caso de la conjugación sexual y de la preñez para la conservación de la comunidad. Sin embargo, por complicadas y substanciales que sean las respuestas culturales a las necesidades básicas del hombre, por ejemplo el cortejo, el matrimonio y la familia en relación con el sexo; los arreglos económicos domésticos, las actividades productoras de alimentos y el comisariado tribal o nacional, en respuesta al hambre —son determinadas en cierto modo biológicamente ya que tiene que in-

corporarse íntegramente a la cultura, la serie vital con sus tres fases y los eslabones que las unen, intactos y completos.

¿Podemos considerar la pugna y la agresividad y todas las demás reacciones hostiles, el odio y la violencia como comparables a cualquier serie vital que acabamos de discutir? La contestación deberá ser enfáticamente negativa. No es que el impulso de la agresión, de la violencia y de la destrucción estén ausentes de todo grupo o de la vida de cualquier ser humano. Si la actividad de la respiración es interrumpida accidentalmente o por un acto deliberado de otro individuo, la reacción inmediata contra él será la de una violenta lucha para remover el obstáculo o para vencer el acto humano de la agresión. Con puntapiés, a mordidas o empujones, empieza inmediatamente un combate que tiene que terminar con la destrucción del organismo sofocado o con la remoción del obstáculo. Arrebátasele la comida al niño hambriento, al perro o al mono y provocará usted inmediatamente fuertes reacciones hostiles. Cualquier intromisión en el curso progresivo de los preliminares sexuales —más aún, cualquier interrupción del acto fisiológico— lleva tanto en el hombre como en el animal a un violento acceso de ira.

Este último punto, sin embargo, nos lleva directamente al reconocimiento de que el impulso de la cólera, las hostilidades de los celos, la violencia emocional de la posesión sexual y del honor lastimado, son productores de hostilidad y de pleitos, directamente o con retardo, como lo es el impulso biológico cuando se difiere la satisfacción inmediata.

Podríamos sumar estos resultados con decir, que el impulso que controla la agresión no es primario sino derivado. Es contingente a las circunstancias en las que ha sido contenido un definido impulso biológico primario. Se produce también en una gran variedad de modos orgánicos, determinados por factores puramente culturales como la propiedad económica, la ambición, los valores religiosos, los privilegios de los rangos, los sentimientos personales de arraigo, de pendencia y autoridad. Por tanto, el hablar del impulso de la pugna como determinado biológicamente no es correcto. Todo esto se aclara, cuando reconocemos mirando el diagrama anterior, que la esencia de un impulso es la de producir una clara y definida reacción corporal, que a su vez produce la satisfacción del impulso. En las sociedades humanas, por el contrario, encontramos que el impulso de la ira se transforma en casi todos los casos en estados crónicos de la mente y del organismo humanos —de odio, de venganza y actitudes permanentes de hostilidad. Que semejantes sentimientos definidos culturalmente pueden llevar y llevan a cometer actos de violencia,

quiere decir simplemente que dichos actos son determinados culturalmente y no biológicamente. En verdad, cuando contemplamos los casos actuales de acción violenta, individual u organizada colectivamente, encontramos que la mayoría de ellos son el resultado de imperativos puramente convencionales, tradicionales e ideológicos, que no tienen nada que ver con un estado mental determinado orgánicamente.

Es interesante saber, que cuando se defiende el determinismo biológico o psicológico de la agresividad, como algo inherente a la naturaleza animal del hombre, son fáciles de encontrar los ejemplos de conducta prehumana. Y es fácil demostrar que los perros, los monos, los cinocéfalos y hasta los pájaros luchan por las hembras, por los alimentos o por derechos especiales o territoriales. El estudio de los niños no maduros en las tribus primitivas, o en nuestros propios planteles de crianza, pone al descubierto, que el argumento de la violencia es usado con mucha frecuencia, por lo que tiene que haber una constante vigilancia.⁴ Esto, verdaderamente, podría sugerir a cualquier observador competente que la eliminación de la violencia y de la agresión y no el fomentarlas, es la esencia de cualquier proceso educacional.

Cuando nos enfrentamos con la cuestión, de dónde, cómo y bajo qué circunstancias actúa la agresión puramente fisiológica entre gente adulta, llegamos nuevamente a un resultado interesante. Suelen ocurrir casos en que gente normal y sana ataque, hiera o mate a otra persona bajo el influjo de la cólera, pero son extremadamente raros. Pensemos en nuestra sociedad. Se podrá aducir un número indefinido de casos tomados de un manicomio. Se puede demostrar también que en situaciones muy especia-

⁴ Cf., por ejemplo, los argumentos y la documentación dada en los libros por E. F. M. Durbin y John Boubly, *Personal Aggressiveness and War* (London, K. Paul, Trench Trubner & Co., 1938), y por Edward Glover, *War, Sadism and Pacifism* (London: G. Allen & Unwin, 1933). Los dos libros pueden servir de ejemplo de un análisis insuficiente e incorrecto de lo que es realmente la agresividad y de la tendencia de confundir los orígenes culpando a la "naturaleza humana" por los actuales incidentes catastróficos de la matanza colectiva mecanizada. que nosotros llamaremos "Guerra Mundial II" Buenos ejemplos sin interpretación defectuosa se encuentran también en *Frustration and Aggression*, por John Dollard y otros, publicado por el Institute of Human Relations, Yale University (1939). Estoy agradecido a mis colegas Dr. John Dollard y Dr. Neal A. Miller por los beneficios derivados de las discusiones sobre la agresividad y la conducta instintiva. Una parte de estos argumentos fué leída ante el Monday Evening Group of the Institute, y las sugerencias y la crítica de los profesores Mark A. May, Clark L. Hull y Robert M. Yerkes, han sido incorporadas en este artículo.

les, como las de las prisiones o de los campos de concentración o en los grupos cogidos por un naufragio o cualquier otro accidente, la agresión es muy frecuente. Catástrofes como la de un incendio en un teatro o el hundimiento de un barco, tienen algunas veces el efecto, aunque no siempre, de producir luchas por la vida, en que la gente se rompe los huesos y se pisotea hasta matarse, en los actos de violencia determinados por el pánico y el miedo. Y en todos los records criminales primitivos o civilizados existen casos de homicidio y golpes que ocurren durante los accesos de cólera y de odio o en el paroxismo de los celos. Vemos pues que la "agresividad" dentro del marco cultural de un grupo adulto tiene lugar en los casos de "pánico", de "locura" o en los "momentos artificiales propicios" y en los que por ser tipo de conducta antisocial y anticultural son calificados como "crímenes". Son siempre parte y producto de la banarrota de la personalidad o de la cultura. Pero no es el caso de una serie vital que tenga que ser incorporada en toda cultura. Más aún, dado que es el tipo de una serie de impulsos que amenazan constantemente el curso normal de la conducta cultural, tiene y tendrá que ser eliminada.

III. LA INFLUENCIA DE LA CULTURA SOBRE LA AGRESION

Otro punto interesante en el estudio de la agresión, es el de cómo la caridad empieza en el hogar. Pensemos en los ejemplos que hemos dado. Todos ellos implican un contacto directo y después la explosión de la cólera por motivos inmediatos, en donde ocurre una divergencia de intereses, entre los locos la divergencia es producto de la imaginación. Efectivamente, mientras más pequeño es el grupo ocupado en un trabajo en cooperación y unido por algún interés común, viviendo juntos día con día, por lo que se les facilita el irritarse mutuamente y montar en cólera. Freud y sus discípulos han demostrado fuera de dudas y cavilaciones, que dentro del grupo más pequeño de cooperación humana, la familia, se presentan con frecuencia los disgustos, los odios, y los impulsos asesinos y destructores. Los celos sexuales dentro del hogar, pleitos por los alimentos, por los servicios u otros intereses económicos ocurren en todos los hogares primitivos o civilizados. Yo mismo he visto a los aborígenes australianos, papuanos, melanesianos, bantus africanos e indios mexicanos, enojarse y hasta encolerizarse en ocasiones de estar trabajando juntos, celebrando fiestas, o discutiendo algunos planes o asuntos de su vida

cotidiana. Sin embargo, el hecho de la violencia corporal es tan raro que viene a carecer de importancia para la estadística. Veremos brevemente por qué es esto así.

Los que sostienen la "agresividad natural" como causa permanente de la guerra tendrán que probar que esta agresividad obra más entre extranjeros que entre miembros de un mismo grupo. Los hechos tomados de la evidencia etnográfica nos dan una respuesta enteramente diferente. Los extranjeros de otras tribus están sobre todo eliminados de cualquier contacto con los otros. Así, los veddas de Ceylán tienen hechos arreglos por medio de los cuales pueden hacer transacciones e intercambio de mercancías y enviar mensajes simbólicos a sus vecinos —los tamils y singaleses— sin llegar nunca a estar frente a ellos. Los aborígenes australianos cuentan con un elaborado sistema de aislamiento intertribal. Lo mismo sucede con los grupos primitivos como los punans de Borneo, los finlandeses y los pigmeos del Africa y de la Malasia. 5

Además del aislamiento encontramos también formas claras y legalizadas de contacto entre las tribus. En Australia y en Nueva Guinea, en todo el Pacífico y en el Africa podemos encontrar sistemas de leyes intertribales, que permiten a un grupo visitar a otro, comerciar entre ellos o colaborar en una empresa. En algunas regiones una intrusión de parte de un extranjero, contra las reglas de la ley intertribal y rompiendo la línea divisoria, era peligrosa para el intruso. Podían matarlo o esclavizarlo; y algunas veces servir de *piece de resistance* en un banquete de caníbales. En otras palabras, la ejecución del delincuente la determinaba la ley tribal, por el valor de su cuerpo para la cocina de la tribu, o de su cabeza para la colección de un especialista cazador de cabezas. Es obvio, que la conducta del asesino y de la víctima, en tales casos, no tiene nada

5 Cf. C. G. y B. Z. Seligman, *The Veddas* (Cambridge, 1911), y G. C. W. C. Wheeler, *The Tribe and Intertribal Relations in Australia*. No podemos dar en este artículo un análisis etnográfico completo de los datos. El antropólogo profesional está capacitado para estimar las pruebas documentales de las referencias. Espero poder publicar pronto una memoria con el material etnográfico que sirva de base a mis argumentos actuales. Estoy muy agradecido de la Cross-Cultural Survey, que fué organizada por el profesor G. P. Murdock del Institute of Human Relations, Yale University. En esta investigación las pruebas que se refieren a la guerra y a las relaciones intertribales están completamente clasificadas y coleccionadas en los capítulos 43-44. Y están al alcance de todos los estudiantes de antropología. Los doctores Stephen W. Reed y Alfred Métraux me ayudaron mucho en la discusión de los problemas antropológicos y de los hechos que sostienen mi ensayo sobre la guerra.

que ver con la psicología de la cólera, de la pugnacidad, o de la agresividad fisiológica. Tenemos que concluir que, al contrario de la orientación de la teoría que prevalece, la agresión como materia de la conducta, no se presenta en el contacto con extranjeros de la tribu, sino dentro de la misma y entre los grupos cooperativos, sus componentes.

Acabamos de ver que la agresión es un producto que acompaña a la cooperación. Esta última organiza a los seres humanos en un sistema de actividades coordinadas. Un sistema de estos, o institución como también la podemos llamar lo es la familia. Un pequeño grupo de gentes quedan unidas bajo el contrato del matrimonio. Se dedican a la producción y a la educación de los hijos. Obedecen un sistema de normas dictadas por la costumbre, operando en conjunto la economía doméstica, es decir, formando una porción del medio con el aparato, los implementos y los bienes de consumo. El clan y el grupo local, los agricultores y los industriales, los dirigentes y las sociedades secretas son todos y cada uno sistemas de actividades coordinadas, organizadas en forma institucional.⁶

Tratemos de comprender ahora el lugar que ocupa la agresividad dentro de una institución. No cabe duda, que dentro de estas formas cooperativas de la organización humana reducidas y condensadas espacialmente, la agresividad genuina se presentará con mayor frecuencia y universalidad que en cualquier otra parte. Los impulsos de pegarle a la mujer o al marido y a los hijos, son personalmente conocidos de todo el mundo y etnográficamente universales. Ni los que están asociados o que trabajan juntos se libran de la tentación de cogerse por el cuello, ya sean primitivos o civilizados. Sin embargo, la esencia de una institución es la de que está construída sobre una carta de reglas fundamentales que define claramente los derechos, las prerrogativas y los deberes de todos los asociados. Un conjunto de normas menores y más detalladas de la costumbre, de la técnica y de la ética regulan las funciones respectivas en lo que se refiere al tipo, la cantidad y la ejecución de cada actividad diferencial. Esto no significa que la gente no tenga disputas y pleitos sobre si la ejecución y las prerrogativas no han sido infringidas. Quiere decir antes que nada que semejantes disputas están dentro del dominio del discurso legal

6 Sugerí en el artículo que mencioné antes, titulado "Culture", que el concepto de Institución, es preferible en el análisis antropológico al de complejo cultural. En próximo artículo titulado "The Cientific Approach to the Study of Man" que aparecerá en el volumen titulado Man and Science, de la "Science and Culture Series", editado por el Dr. R. N. Anshen, trataré ampliamente este punto.

o casi legal. Y quiere decir también que la disputa puede arreglarse por la decisión de la autoridad en lugar del arbitrio de la fuerza.

Aquí llegamos al hecho, de que la carta —la ley fundamental ordinaria— define siempre la división de autoridad en cada institución. Define también el uso de la fuerza y de la violencia, cuya regulación es en verdad la esencia de lo que llamamos la organización social de un grupo institucionalizado. La familia patriarcal le da al padre el derecho de gobernar aún haciendo uso de los implementos de la violencia. Bajo el matriarcado el padre tiene que someterse en gran parte a las decisiones e influencias de la familia de su mujer, particularmente del hermano de ella. Dentro de la institución del clan las disputas y las disensiones están estrictamente proscritas, porque el clan en muchas culturas actúa como unidad de solidaridad legal. Sin embargo, el mito de la perfecta armonía de todos los hombres del clan, ha tenido que disiparse.⁷ No obstante, las disputas dentro del clan, son eliminadas rápida y efectivamente por la autoridad centralizada, definida y organizada de que están investidos los líderes y los patriarcas. El grupo local no solamente tiene el derecho de coordinar las actividades y los intereses económicos de las familias y de los clanes; sino que cuenta también con los medios para reforzar sus decisiones cuando se ha hecho uso de la violencia o hay que prevenirla. La tribu, como el grupo de coordinación más grande, tiene también su carta legal, y cuenta a menudo con algunos medios de ejecución para hacer valer sus decisiones sobre las disputas, los pleitos y los odios dentro del grupo.

Es característico una vez más que la mayoría de los pleitos en las estructuras primitivas ocurren entre las unidades más pequeñas del mismo grupo cultural. Los miembros de dos familias, de dos clanes o de dos grupos locales pueden llegar a las manos. Tenemos ejemplos de esta clase entre los veddas, los aborígenes australianos, y otras tribus más primitivas.⁸ Estos pleitos intertribales son siempre el resultado de la

7 Cf. mi obra, *Crime and Custom in Savage Society* (New York, 1926), entre otras aportaciones para este estudio.

8 Probablemente el mejor y más detallado informe sobre el tipo de pleitos en que un clan funcionando como unidad social en contra de otro clan, se encuentra en el libro de Lloyd Warner sobre los murngin titulado *A Black Civilization* (New York: Harper & Bros., 1937). Sus pruebas nos demuestran que las disputas armadas, aunque a veces destructivas y letales, se llevan a cabo bajo estrictas reglas, acordes con los intereses del clan; y terminan con una ceremonia de paz que restablece el orden de la ley tribal después de la infracción cometida por el miembro de uno de los clanes. Todos los datos coleccionados y clasificados se pueden estudiar fácilmente en la *Cross-Cultural Survey at Yale*.

infracción de la ley de la tribu. El miembro de un clan o de una familia es asesinado. Una mujer ha sido seducida o bien se ha cometido un acto de adulterio. Muy rara vez comienza el pleito espontáneo e inmediatamente después de la violación. Porque existen reglas de la ley tribal que definen la manera de cómo se ha de dirimir la disputa. El tipo de pleito entre las familias, clanes o grupos locales es convencional, determinado en todos los detalles por las creencias y los elementos de cultura material y por convenios. La conducta colectiva en esos pleitos, y que caracteriza el nivel primitivo de los salvajes, es guiada y controlada en todos sus pasos por factores que pueden ser estudiados únicamente refiriéndonos a su organización social, a sus leyes ordinarias y a las ideas mitológicas, así como también al aparato material de una cultura primitiva.⁹

Cuando existe una fuerte rivalidad entre dos grupos, y cuando ésta lleva a un estado general de la mente —generando explosiones frecuentes de cólera y sentimientos de odio sobre divergencias reales de interés— encontramos un arreglo en que los pleitos ocasionales no solamente son permitidos, sino organizados especialmente, con el objeto de dar salida a los sentimientos hostiles y restablecer el orden después de que se ha expresado libremente la manera de sentir. Esta clase de pleitos ocasionales toma a veces una forma pacífica muy pronunciada. Los cantos públicos insultantes, con los que los esquimales arreglan sus diferencias y expresan sus odios, sus agravios o su hostilidad, son ejemplos bien conocidos. En la Europa Central la costumbre de beber y pelear los domingos por la tarde llena la función de un intercambio regulado de insultos, fanfarronearías, algunas veces injuriosas, que dan lugar a accidentes, con lo que los resentimientos acumulados durante la semana buscan su desquite. Tenemos una buena descripción de estos pleitos reglamentados dentro del grupo de los Kiwai Papuans, entre los polinesios, y entre los indios de la América del Sur.

La evidencia antropológica, correctamente interpretada, nos muestra por tanto, que hay una completa separación entre el hecho psicológico de la pugnacidad y la determinación cultural de los odios y de los pleitos.

9 Si el espacio lo permitiera, podríamos demostrar que la brujería que es también importante instrumento para expresar la cólera y el odio, es un mecanismo sustituto característico. El uso de la violencia directa es eliminado traduciendo la reacción de la ira en un sentimiento de odio, y expresando este último con actos místicos de hostilidad en lugar de los combates y el uso de la fuerza.

La pugnacidad se puede transformar por medio de los factores culturales tales como la propaganda, el temor y la indoctrinación, en canales de todas clases y aun hasta en los más improbables. Hemos visto el cambio en Francia: la pugnacidad de ayer se cambió de la noche a la mañana en una tibia alianza, y la amistad del más reciente pasado, en un momento dado se convierte en la pugnacidad de mañana. Se admite por tanto la existencia de la materia prima de la pugnacidad. No es de ninguna manera la médula biológica de cualquier tipo de violencia organizada, en el sentido en que encontramos que el sexo es la parte medular de la vida de la familia organizada, que el hambre lo es del comisariado, la evacuación de la instalación sanitaria, o la conservación de la temperatura del cuerpo humano como factor biológico que sirve de centro a los ajustamientos culturales del vestido y de la habitación. La cólera y la agresividad pueden aparecer casi en cualquier momento en el curso de la cooperación organizada. Su frecuencia disminuye con el tamaño del grupo. Como impulso, la pugnacidad es indefinidamente plástica. Como tipo de conducta puede ser desviada a un número indefinido de motivos culturales.

En todas partes, en todos los niveles de desarrollo y en todos los tipos de cultura, encontramos que los efectos directos de la agresividad son eliminados por la transformación de la pugnacidad en odios colectivos, en políticas tribales o nacionales, que llevan a pleitos organizados y ordenados pero que previenen cualquier reacción fisiológica de la cólera. Los seres humanos nunca pelean en gran escala bajo la influencia directa de un impulso agresivo. Combaten y se organizan para ello debido a la tradición tribal, a las enseñanzas de un sistema religioso o a un patriotismo agresivo, puesto que han aprendido ciertos valores culturales que están preparados a defender, y están saturados de ciertos odios colectivos que los hacen estar listos para asaltar y matar. Dado que la pugnacidad está muy extendida y posee una plasticidad indefinida, el verdadero problema no es el eliminarla completamente de la naturaleza humana, sino el de poderla canalizar de manera de hacerla constructiva.

IV. NACION TRIBAL, Y ESTADO TRIBAL

En nuestro estudio de la prueba antropológica, hasta donde el mismo arroja luz sobre la guerra moderna, estamos en busca de antecedentes primitivos genuinos de las luchas, tal y como ocurrieron en tiempos históricos y tal y como han sido transformadas en las guerras mundiales modernas. El uso de la violencia tiene que recibir indudablemente un tra-

tamiento sociológico completo. En mi opinión, al nacionalismo y al imperialismo, y también al totalitarismo —fenómenos de patología cultural— se les deben de encontrar sus antecedentes etnográficos y su fondo de evolución.

Hemos visto ya que cuando dos clanes o dos grupos locales pelean el uno con el otro dentro del marco de la misma ley tribal, son casos de mecanismo legal pero no son antecedentes de la guerra. Tenemos que enfrentarnos ahora con el problema de cómo definir en términos de organización social y de cultura, los grupos que pueden ser considerados legítimamente como perseguidores de algún prototipo de política internacional, de tal manera que sus batallas puedan ser consideradas como precursoras genuinas de la guerra.

Es natural que a todo antropólogo o estudiante de la ciencia social, se le ocurra pensar en el concepto de tribu y de unidad tribal. Un mapa etnográfico del mundo nos muestra, en cada continente, las zonas bien definidas que separan a una tribu de otra. La unidad de una tribu consiste *de facto* en la homogeneidad y algunas veces identidad de la cultura. Todos los hombres de la tribu aceptan la misma tradición en la mitología, en la ley ordinaria, en los valores económicos y en los principios morales. También usan implementos similares y consumen los mismos artículos. Combaten y cazan con las mismas armas y contraen matrimonio de acuerdo con la misma ley tribal y costumbre. La comunicación entre miembros de tribus de esta clase es posible debido a que tienen artefactos, habilidades y elementos de conocimientos similares. Hablan también el mismo lenguaje —dividido a veces por algunas variedades de dialectos— pero permiten en lo general una libre comunicación. Por lo común estas tribus son endogámicas, es decir, el matrimonio sólo es permitido dentro de sus límites y nunca fuera de ellos. Por consiguiente, el sistema de parentesco lleva por lo común a toda la tribu a convertirse en un grupo emparentado y mutuamente cooperativo de clanes potencialmente antagonicos. La tribu en este sentido, es por tanto un grupo de gente que ejercita en conjunto cierto tipo de cultura. Transmite ésta última en el mismo lenguaje, de acuerdo con principios educacionales similares, y esto constituye su unidad a través de la cual la cultura persiste y muere.

En la terminología adoptada aquí, podemos decir que la tribu como entidad cultural puede definirse como una federación de instituciones independientes en parte y también de componentes coordinados. Una tribu, por tanto, difiere de otra en la organización de la familia, del

clan, y de los grupos locales tanto económicos como mágicos y religiosos. La identidad de las instituciones, su cooperación potencial debida al lenguaje común, a la tradición y a la ley, el intercambio de servicios y la posibilidad de emprender empresas en grande escala, son los factores que hacen la unidad de un grupo primitivo y culturalmente homogéneo. Esto, debemos aceptarlo como el prototipo de lo que definimos ahora como nacionalidad: un grupo grande, unificado por el lenguaje, la tradición y la cultura. Las divisiones que encontramos entre tribus primitivas culturalmente diferenciadas corresponden hoy en día a las divisiones entre alemanes y polacos, suecos y noruegos, italianos y franceses. En nuestro mundo moderno estas divisiones no coinciden siempre con los límites del Estado. De aquí, que todos los problemas políticos contemporáneos de nacionalismo, imperialismo, del status de las minorías y de los grupos irredentos estén protegidos por el principio de la libre determinación nacional. Todos estos problemas están abiertamente en relación entre la Nación y el Estado.

El principio de unidad política o estatal se puede encontrar también —en niveles primitivos— creando divisiones y a la vez estableciendo la unidad. Sabemos ya que la autoridad, como el poder que hace uso de la fuerza física para sancionar la ley, existe aún en los niveles más bajos del desarrollo social. Hemos visto que es la esencia que constituye los sistemas organizados de actividades, es decir, las instituciones. Hemos visto también que funciona como la base para un control territorial mayor de las relaciones entre las mismas. En el nivel más bajo hemos encontrado que el grupo local es la unidad coordinadora más grande con prerrogativas políticas. Si investigamos las condiciones políticas en algunos niveles de desarrollo más elevados encontraremos en la mayor parte de los lugares del mundo, en Melanesia y Polynesia, en Africa y en América, que el poder político está ejercido por grupos regionales mucho más grandes, unidos por el principio de autoridad y por regla general equipados con una organización militar, cuyo deber es por una parte el de policía en el interior, y por la otra, de defensa exterior contra la agresión. Gran parte de mi trabajo ha sido hecho en las Islas Trobriand, donde se encuentran esa clase de regiones políticamente organizadas con un prototipo muy claro de estado organizado políticamente y en funciones.

De este modo hemos introducido otro concepto para el que la palabra "tribu" es usada también en antropología. Propongo que la distinción entre unidad política y cultural es necesaria. Con el objeto de crear su termi-

nología sugiero la acuñación de dos expresiones: "Nación tribal" y "Estado tribal". La Nación tribal es la unidad de cooperación cultural. El Estado tribal tiene que definirse en términos de unidad política, es decir, de un poder autoritativo centralizado y la organización de fuerza armada correspondiente. Se desprende de lo que llevo dicho que la Nación tribal es un tipo más primitivo y fundamental de la diferenciación cultural que el Estado tribal. Los dos no coinciden, porque tenemos muchos ejemplos de Estado tribal como una subdivisión de Nación tribal. Los maori de Nueva Zelandia, los nativos de las Islas Trobriand, los zulu antes de la llegada de los europeos, y también muchas tribus de Norteamérica nos pueden servir como ejemplo. Entre ellos la Nación tribal abarca muchos Estados tribales. Por otra parte, podemos aducir otros ejemplos del Oriente y del Occidente del Africa en los que dos o más naciones tribales están unidas dentro del mismo Estado tribal. Tengo en la mente los reinos de Unyoro y de Uganda, y unidades políticas tales como las de Massai o de Bemba, todos tienen "minorías sometidas" dentro de sus dominios. 10

Los dos principios de Estado y de nacionalidad deben por tanto guardarse separadamente en la teoría, dado que son diferentes en la realidad cultural. No obstante, ha existido siempre una convergencia de los dos principios y una tendencia de coalición de los dos grupos —la Nación y el Estado. En Europa esta tendencia bajo el nombre de nacionalismo ha hecho por fin su aparición dentro de las aspiraciones políticas, habiendo sido causa de guerras y rebeliones desde la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas. Sus principales exponentes han sido Alemania, Polonia e Italia, donde la separación de los dos principios ha sido más pronunciada. Muchos historiadores consideran el nacionalismo en este sentido como un fenómeno enteramente nuevo en la reciente historia europea. En realidad el nacionalismo es probablemente tan viejo como la aparición de cualquier poder político. Por una parte, una Nación primitiva como tribu de cultura homogénea, está mejor protegida contra cual-

10 Estas condiciones se encuentran paralelamente en los mapas históricos y contemporáneos de Europa. Austria-Hungría fué una monarquía en que estaban federalizadas catorce o quince nacionalidades. Alemania antes de las Guerras Napoleónicas era una nación dividida en muchos pequeños Estados. Italia también estaba dividida y en partes sujeta a gobiernos extranjeros antes de su unificación en 1871. Polonia durante 150 años fué una Nación repartida entre tres grandes Estados. Suiza es una entidad política que abarca cuatro nacionalidades.

quier disturbio del exterior organizándose en Estado tribal. Por otra parte, el Estado tribal más fuerte es aquel que coincide con la Nación tribal, porque la organización política aún en las condiciones primitivas está basada más sólidamente en la asociación de los grupos cooperativos a través de la posesión de un idioma, de un sistema de costumbres y de leyes, de una maquinaria económica y de un tipo de equipo militar.

V. LA GUERRA Y LAS POLÍTICAS PRIMITIVAS

Podemos volver ahora al papel que desempeñaron las luchas en la primera cristalización del Estado y de la nacionalidad. Como hipótesis podemos sugerir la de que una vez que un fuerte grupo local desarrolla una máquina militar, empleará la misma en el sometimiento gradual de sus vecinos y en la extensión de su control político. La etnografía nos proporciona la evidencia de que existen las luchas entre grupos locales de la misma cultura. Nos da también un cuadro de las condiciones en que existen unidades políticas muy extensas que forman Estados dentro de una gran Nación. El estudio del status quo y de fragmentos de la historia de los maori de Nueva Zelandia, de algunas tribus africanas, y de la por nosotros bien conocida historia precolombiana de México y el Perú, señala el hecho de que una vez que empiezan operaciones militares en una región, tienden las mismas a la formación de una Nación-Estado. Los arqueólogos y los historiadores del mundo del Mediterráneo nos pueden mostrar que desarrollos análogos produjeron el Estado romano, algunas de las unidades políticas griegas, y los imperios de Egipto, Babilonia, Asiria y Persia. Las guerras nacionalistas, como medios unificadores bajo el mismo gobierno administrativo y provistas de la misma maquinaria militar con su grupo cultural homogéneo, es decir, de Nación han sido siempre una fuerza poderosa en la evolución y en la historia.

Las guerras de este tipo son culturalmente productivas porque crean una nueva institución, la Nación-Estado. Es obvio, que cuando la unidad política se extiende para abarcar la unidad cultural, las dos asumen un carácter diferente. La coordinación de cualquiera de las subdivisiones de semejante grupo, ya sea regional o institucional, se hace standard y se organiza. Más aún, el Estado-Nación asume por lo común un control mucho más pronunciado sobre la economía y el poder del hombre, sobre las contribuciones pagadas al tesorero de la tribu y los servicios públicos prestados. Puede también dar mayor fuerza a sus decisiones, es decir,

sancionar las actividades administrativas y las leyes ordinarias. Es por tanto, legítimo, considerar a las luchas de este tipo como antecedentes genuinos de ciertas guerras históricas. Las luchas en este caso son funciones de un instrumento de la política entre dos estados-tribales, que llevan a la formación de grupos políticos más grandes, y finalmente, de la nación-tribal.

Es necesario recordar que las luchas organizadas en algunos Estados elevados de salvajismo o de barbarismo no presentan siempre este carácter político tan significativo. La mayoría de las luchas en esos Estados pertenecen a un tipo exótico, interesante, y bastante complicado: cacerías de cabezas para las fiestas de caníbales, o de víctimas para los sacrificios humanos dedicados a los dioses tribales. El espacio no me permite entrar más de lleno en el análisis de este tipo de luchas. Pero basta decir que no tienen relación con la guerra, porque carecen de caracteres políticos; ni pueden ser considerados como un objetivo sistemático de política intertribal. Las cacerías de seres humanos con objeto de hacerse de trofeos anatómicos, los diversos tipos de luchas armadas con objeto de arrebatar cuerpos humanos para los actos de canibalismo de orden místico, o como alimento para los dioses o para los hombres, presentan una fase de la evolución humana que puede explicarse dentro de los términos de la ambición, la sed de gloria y de los sistemas místicos. En un análisis competente de la guerra como factor en la evolución humana, debemos de apartarlos de las guerras constructivas y de los sistemas de guerra organizados. 11

Hasta donde hemos estudiado las luchas organizadas sobre principios políticos y llenando una función política, y en lo que hemos dicho con brevedad sobre los tipos deportivos de las cacerías de seres humanos, ¿dónde entra el motivo económico en nuestro problema? Vemos claramente que se encuentra ausente de los primeros tipos de luchas. Las razones para ello no son difíciles de encontrar. En aquellas condiciones donde no existe la riqueza transportable; donde los alimentos se descomponen rápidamente y en donde son tan toscos y pesados que no se pueden acumular y transportar; donde la esclavitud carece de valor porque cada individuo consume exactamente todo lo que produce, la fuerza es un implemento inútil para transferir la riqueza. Cuando el botín material, el trabajo humano y la riqueza condensada —es decir, las piedras y los metales preciosos—

se vuelven provechosos, las correrías depredatorias hacen su aparición y adquieren importancia. Esto hace que tengamos que registrar un nuevo tipo de luchas: expediciones armadas para saquear, guerras para adquirir esclavos y el robo organizado en grande escala. Podemos dar ejemplos, del Este y del Sureste africano, en donde el robo de ganado era una industria lucrativa asociada con la guerra. Entre las tribus del Noroeste de América, encontramos el tipo de esclavitud más simple dando origen a uno de los principales motivos de los odios intertribales. Las tribus nómadas organizadas en bandas de ladrones, que controlaban algunas de las rutas que tenían que recorrer las caravanas en el Norte de Africa y en Asia, desarrollaron y usaron su eficiencia militar para imponer un sistema de tributos, y para vivir a expensas de sus vecinos ricos de vida sedentaria dedicados al comercio y a la agricultura.

Hemos hecho, en el análisis anterior, una o dos distinciones, probablemente demasiado profundas con el propósito de aislar los principios que llevan a la aparición de las guerras genuinas y que persiguen ciertos fines determinados. Hemos hablado del nacionalismo como una de las primeras tendencias que llevan a las guerras políticas y a la formación de Estados-Naciones primitivos. Hablamos también de correrías organizadas llevadas a cabo por motivos económicos. Estos tipos de luchas coinciden muy a menudo. Es muy importante que nos demos cuenta que el nacionalismo como tendencia que trata de extender el control político hasta el último límite de la unidad cultural, no es nunca un fenómeno claramente delimitado. El nacionalismo rara vez se detiene en las fronteras legítimas de la Nación. Ya sea un Hitler, un Chaka, un Napoleón, un conquistador azteca, un Genghis Khan o un gobernante inca, siempre están listos para salir de sus fronteras. El nacionalismo se convierte rápidamente en imperialismo, es decir, en la tendencia de incorporar a otras naciones sometiéndolas al poder político del conquistador militar.

Aquí llegamos a un nuevo fenómeno que ha desempeñado un papel importantísimo en el desarrollo de la humanidad. La conquista, que es la ocupación integral por medio de la fuerza de otra área cultural, combina los beneficios de la rapiña, de la esclavitud y del incremento del poder político. La conquista es un fenómeno que debe de haber figurado mucho en el progreso de la humanidad en aquel estado de las grandes comunidades agrícolas establecidas en forma paralela e independiente y en el de las tribus nómadas ocupadas en la ganadería y fuertes militarmente. De las condiciones encontradas en diversas partes, del mundo que se

puede observar etnográficamente y de los récords de la historia, podemos reconstruir y trazar las principales características de la conquista culturalmente constructiva. Las mejores áreas etnográficas para este análisis se encuentran entre las tribus del Africa oriental, en donde aún podemos estudiar la simbiosis de las tribus ganaderas invasoras, hamíticas o nilóticas de las tribus nómadas, de las bantus de vida sedentaria dedicadas a la agricultura. O bien, podemos ir a algunas partes del Africa occidental en donde encontramos grandes monarquías, en las cuales los negros africanos occidentales agricultores y de vida sedentaria viven bajo la férula de sus conquistadores sudaneses. En el Nuevo Mundo la historia de los Estados mexicanos y peruanos nos da un rico material para el estudio del fenómeno de la conquista.

El efecto cultural más importante de la conquista en todas partes, es el enriquecimiento de la vida nacional mediante una división natural de las funciones entre conquistadores y conquistados y por medio del desarrollo y cristalización de muchas instituciones adicionales. Los conquistadores proveen el elemento político; y los conquistados por regla general suplen la eficiencia económica. Esto significa también que los conquistadores al explotar a la comunidad sojuzgada, organizan una tesorería tribal, un instituto de impuestos, estableciendo las comunicaciones y cierta seguridad que estimulan a la industria y al comercio. Con el choque de dos culturas diferentes viene la formulación de las leyes ordinarias de cada tribu, apareciendo a menudo un sistema compuesto de codificaciones. Aparece también un intercambio en las ideas científicas y religiosas que da lugar al nacimiento de nuevas ideas.

La guerra es un instrumento de difusión y de fertilización asumidas por la conquista, y por tanto desempeña un papel muy importante en la evolución y en la historia. No debemos olvidar que las guerras de esta clase, no aparecen sino en estados muy avanzados de la evolución humana. No pueden presentarse con anterioridad a las grandes diferenciaciones de los tipos de cultura como son los del pastoralismonómádico y de la agricultura sedentaria. La victoria no puede obtener sus frutos en ninguna cultura política o económica sin imponer la esclavitud, la rapiña y los tributos por medio de la violencia.

VI. CONTRIBUCION DE LA ANTROPOLOGIA EN EL PROBLEMA DE LA GUERRA

Revisando nuestros primeros argumentos, podemos ver que hemos llegado a cierta conclusión teórica, nueva para la teoría antropológica.

Pero aún es necesario mostrar dónde se relacionan nuestras ganancias en definición y en claridad con los problemas modernos.

En lo que se refiere a las ganancias teóricas, hemos demostrado que la guerra no puede ser considerada como un "fiat" del destino humano, en lo que se relaciona a una necesidad biológica o a corrientes psicológicas inmutables. Todos los tipos de luchas son reacciones culturales complejas y que no se deben al dictado directo de cualquier impulso, sino a formas colectivas de los sentimientos y del valor. Como mecanismo de una fuerza organizada dentro de una política nacional, la guerra es muy lenta en su desenvolvimiento. La repetición del fenómeno depende del desarrollo gradual del equipo y la organización militares, de la mira de explotaciones lucrativas en la formación de unidades políticas independientes.

Tomando en consideración todos estos factores, tenemos que establecer, dentro del género de la agresión y del uso de la violencia, las siguientes distinciones: (I) La lucha como producto de la cólera y en el terreno privado dentro de un grupo, pertenece al tipo de violación de las costumbres y de la ley, siendo el prototipo de la conducta criminal. Y es sancionada y refrenada por medio de las leyes ordinarias dentro de una institución o entre varias instituciones. (II) La lucha organizada y colectiva es un mecanismo jurídico para el ajuste de las diferencias entre grupos constituidos de la misma unidad cultural. Estos dos tipos son las únicas formas de lucha armada que encontramos entre los salvajes. (III) Las correrías armadas como tipo de deporte de carcería humana con los propósitos de coleccionar cabezas, de hacer sacrificios humanos y actos de canibalismo y para hacerse de toda clase de trofeos. (IV) La guerra como expresión política del nacionalismo, es decir, la tendencia de hacer que coincidan la nación-tribal y el estado-tribal para así formar una Nación-Estado primitiva. (V) Las expediciones militares del pillaje organizado y del robo colectivo. (VI) Las guerras entre dos grupos culturalmente diferenciados como instrumento de política nacional. Este tipo de luchas con el que empezó la guerra en el más amplio sentido de la palabra, nos lleva a la conquista y mediante ésta, a la creación de estados políticos y militares armados para su control interno y para la defensa y la agresión. Este tipo de Estado presenta, por regla general y por primera vez en la evolución social, formas claras administrativas, políticas y de organización legal. La conquista es también de primera y gran importancia en el proceso de la difusión y la evolución.

Los tipos de lucha armada listados con los números IV y VI son los únicos que tienen la forma de fundamentos sociológicos y que en los casos de política constructiva se pueden comparar con las guerras definidas históricamente. Cada uno de estos seis tipos presenta una fase cultural enteramente diferente dentro del desarrollo de las luchas organizadas. La negligencia para establecer las diferenciaciones aquí introducidas, ha llevado a graves errores en la aplicación de los principios antropológicos a los problemas generales concernientes a la naturaleza de la guerra. El bárbaro corto circuito —con el que los imperialismos modernos, los odios nacionales y la sed de poder mundial han sido relacionados con la agresión y la pugnacidad— es en mucho el resultado de no haber establecido las anteriores distinciones, de despreciar la función cultural del conflicto, y de confundir la guerra como fenómeno mecanizado y altamente especializado con cualquier forma de agresión.

Podemos determinar aún con mayor precisión la manera como la evidencia antropológica, como fondo de comprensión correcta y de conocimiento bien informado, puede servir de base para sostener algunos de nuestros actuales problemas. En lo general, por supuesto, y dado que nuestro objetivo principal es el de saber si la guerra destruirá la civilización occidental o no, el análisis antropológico, que insiste en considerar el contexto cultural de la guerra, nos puede ser muy útil.

Es muy importante, en la discusión teórica de si la guerra puede ser controlada, y finalmente abolida, el reconocimiento de que la misma no tiene un fundamento biológico. El hecho de que no se le encuentra en los primeros comienzos de la cultura humana es muy significativo. Es obvio, de que si la guerra fuera necesaria para la evolución humana; que si fuera algo sin lo cual los grupos humanos hubieran decaído y que gracias al cual avanzarían; la guerra no podría estar ausente en las primeras etapas en las que tuvo lugar el nacimiento de las realidades culturales bajo las restricciones más severas y los odios más terribles. Un ingrediente verdaderamente vital no podría, por tanto, faltar en la composición de la humanidad primitiva, luchando por colocar los cimientos del progreso futuro.

La guerra, vista en una perspectiva de evolución, es siempre un elemento altamente destructivo. Su propósito y *raison d'être* depende de si crea valores mayores de los que destruye. La violencia es constructiva, o cuando menos provechosa, en los casos en que puede llevar a transferencias de riqueza y privilegios en grande escala, a crear ideologías

y a darnos experiencia moral. De esta manera, la humanidad tiene que acumular una gran existencia de bienes transferibles, de ideas, y de principios antes de difundirlos por medio de la conquista, y más aún, reorganizar y utilizar recursos económicos políticos y espirituales que nos lleven a cosas más grandes que aquellas que han sido destruidas por las guerras.

Nuestro análisis nos ha demostrado que la función del ejercicio cultural está asociada con uno de los grupos más grandes, la nación tribal. La función de destruir y también la de reconstruir en materia cultural está asociada con el estado-tribal. Aquí, el estudiante de la ciencia social podrá ver claramente, una vez más, que al dar un fondo etnográfico a los conceptos de Estado y de Nación, de nacionalismo y de imperialismo, hemos contribuido seguramente a la clarificación teórica de los hechos modernos correspondientes.

Lo que nos importa hoy, y siempre, es la cultura humana como un todo, en todas sus variedades, raciales y religiosas, nacionales o afectadas por la diferenciación regional de los intereses y de los valores. La nacionalidad en sus múltiples manifestaciones, hoy como siempre, es la portadora de toda cultura. El Estado deberá ser el guardián y el defensor de la nación, y no su amo, mucho menos su destructor. El principio wilsoniano de la propia determinación se justificó científica y moralmente. Su justificación llegó solamente hasta donde decía que cada cultura debería de contar con el espacio suficiente para su desarrollo, es decir, todas las naciones deberían vivir en paz y en libertad. La propia determinación fué un error, en el sentido de que llevó a las armas a nuevas naciones, cada vez más numerosas, en lugar de desarmar a los vecinos peligrosos y depredatorios. Esta teoría hubiera sido perfecta de haber conseguido la abolición de todos los Estados, en lugar de haber llevado a las armas a todas las naciones.

Por tanto, la fórmula general que el análisis antropológico impone en una política sana y luminosa, es la de la completa autonomía de cada grupo cultural, y el uso de la fuerza solamente como una sanción de la ley de las relaciones extranjeras, como una policía del mundo entero.

VII. EL TOTALITARISMO Y LAS GUERRAS MUNDIALES I Y II A LA LUZ DE LA ANTROPOLOGIA

El análisis antropológico de las condiciones modernas, no puede, sin embargo, detenerse aquí; ni debe de darse por satisfecho con la

muy importante afirmación, aunque sumamente general, que acabamos de formular. Para reivindicar sus derechos de poder ser aplicada a la barbarie de la civilización, como también a las civilizaciones de los salvajes, es necesario avanzar uno o dos pasos y someter la patología cultural actual, es decir, los sistemas totalitarios y las Guerras Mundiales I y II, a un análisis más detallado y profundo.

La Guerra Mundial, o lo que es lo mismo, la guerra total, es a la luz de nuestro criterio antropológico tan distinta de las guerras históricas anteriores a 1914, como éstas a su vez lo fueron de las luchas entre salvajes. La influencia de la presente guerra sobre la cultura es tan completa que crea el problema de si la organización integral para la violencia efectiva —que nosotros llamados totalitarismo— es compatible con la sobrevivencia de la cultura.

La cultura, como sabemos, la ejercitan en cada una de sus variedades aquellas instituciones dentro del grupo, que funcionan cooperativamente y en parte independientemente o en coordinación, y que nosotros hemos definido como la nación. Así ha sido ejercitada y transmitida desde los comienzos de la humanidad hasta el principio de nuestro siglo. Los fundamentos de la era democrática liberal e industrial, al escribir estas líneas, aún sobreviven en los Estados Unidos y en algunos países de la América Latina, habiéndose formado sobre la misma estructura de diferenciación institucional y de coordinación por el Estado, que controlaba el desarrollo de la civilización humana como un todo. El principio del totalitarismo, rojo o negro, café o amarillo, ha producido la revolución más radical que ha conocido la historia de la humanidad. En su significación cultural no es sino la transformación de la nacionalidad y de todos sus recursos en una "tecnocracia" letal, instrumento de la violencia. Y viene a ser aquello de que el fin justifica los medios. El fin es la adquisición de más poder por un Estado, es decir, mayor espacio para la organización de la violencia en más grande escala y para usos destructores. Así es como los fines del totalitarismo hasta donde gradualmente destruyen todos los recursos de la cultura y su estructura, son diametralmente opuestos y del todo incompatibles con la constitución de las sociedades humanas para el normal y pacífico negocio de la producción, el sostenimiento y la transmisión de la riqueza, la solidaridad, la razón y la conciencia, que son los índices reales y los valores de la civilización.

Sostengo, que la guerra de 1914-18 fué fundamentalmente diferente de las guerras históricas de la conquista constructiva. En su téc-

nica, en su influencia sobre la vida nacional, y también en sus relaciones con la situación internacional, vino a ser una guerra total. Los combates se libran actualmente no solamente en todas las fronteras geográficas posibles; sino que se lucha también en el mar y en el aire. La guerra moderna hace imposible el distinguir entre el personal militar de un ejército y los civiles; entre los objetivos militares y la porción cultural de la riqueza nacional, los medios de producción, los monumentos, las iglesias y los laboratorios. Las líneas de comunicación, la sede de los gobiernos, los centros industriales, y aún los centros de actividades administrativas, legales y científicas se convierten rápidamente en blancos para la destrucción, como si fueran fortalezas, líneas fortificadas o aeródromos. Estos adelantos no se deben únicamente al salvajismo de una nación o de un dictador. Son sencillamente inevitables, porque los ordena la técnica moderna de la violencia.

El carácter total de la guerra, sin embargo, va mucho más adelante. La guerra tiene que transformar todas las actividades culturales de una nación beligerante. La familia y la escuela, la fábrica y los tribunales, se ven afectados profundamente en sus funciones;—el ejercicio de la cultura— mediante instituciones autónomas, se ve temporalmente paralizado o desviado. Basta con ver las estadísticas de la movilización de los ejércitos, el cambio en las actividades y en la opinión pública para comprender que ha llegado a ser posible el transformar a un centenar de millones de seres humanos en una enorme máquina de guerra, y es obvio, que cuando dos máquinas de este tamaño son lanzadas la una contra la otra, la que ha alcanzado menos perfección en la movilización total está destinada a sucumbir. 12

12 Datos más completos que ilustran las grandes transformaciones de toda vida nacional durante la guerra y en la preparación de la misma, se encuentran en el symposium del profesor Willard Waller en su obra *War in the Twentieth Century* (New York: Dryden Press, 1940). Los cuatro ensayos sobre economía, el estado, la propaganda y la opinión pública, y sobre las funciones sociales en tiempos de guerra, deberían, en mi opinión, ser leídas cuidadosamente por todos los estudiantes de la materia. Nos demuestran cómo la guerra total transforma completamente la sustancia de la cultura moderna. Estudiándolas el lector, a la luz del presente análisis, podrá sacar nuevas conclusiones, especialmente al estimar que el totalitarismo no es otra cosa que la constitución de la nación sobre las bases del tiempo de guerra. Que el efecto de la guerra no ha sido apreciado ni comprendido en lo general lo prueba el ensayo final del Profesor Waller, en el que el Dr. Linton, competente autoridad en materia antropológica, parece desestimar la potencia destructora de la guerra y su profunda

El estupendo y casi milagroso éxito de la Alemania de Hitler que ha dejado atontada a la opinión pública tanto de los neutrales como de los beligerantes, ha hecho que algunas de las lecciones de la realidad no hayan sido aprendidas. En la reacción mezcla de horror y de admiración que siguió a la *Blitzkrieg* en contra de Polonia, la "conquista" de Dinamarca y de Noruega, con la subyugación implícita de Suecia, la campaña en contra de los Países Bajos y el terrible colapso de Francia, hizo que muchos de nosotros tuviéramos que defendernos duramente contra la sensación de que, después de todo, el totalitarismo era un régimen "mejor y más grande" que las democracias plutócratas en decadencia. Pero la sana comprensión antropológica de estos hechos como fenómenos culturales nos enseña otra cosa. Una banda organizada de criminales obtendrá siempre las primeras ventajas en un ataque armado contra un banco. La única oportunidad que tiene el banco, no es la de pelear contra la banda, sino la de contar con la fuerza de la policía para proteger. Y la policía será realmente eficiente si previene la formación de una banda armada con instrumentos de violencia tales a su disposición, que hicieran toda defensa imposible, o cuando menos muy costosa y destructora. Una agresión preparada obtendrá siempre ventajas sobre una defensa imprevista. La defensa deberá prepararse de manera de prevenir la agresión, en lugar de combatirla.

Y aquí llegamos al elemento más importante en la valoración cultural del totalitarismo. Nacido de la primera Guerra Mundial, no fué en

influencia sobre la cultura. Hablando de la guerra moderna, afirma que "su carácter único, especialmente en lo que se refiere a su potencialidad destructora, que ha sido grandemente exagerada. . . Los principios sobre los que se debe desarrollar una guerra victoriosa no han cambiado desde los albores de la historia, mientras que los factores destructores han disminuído ciertamente. . . En Europa. . . aún hay otros factores. . . reducirán a un mínimo la destrucción intencional. . . Parece posible predecir con seguridad. . . que. . . no habrá victorias rápidas en contra de las naciones grandes y poderosas". (¿Qué pasó en Francia? op. cit. pp. 535-38). Semejantes opiniones, que de ninguna manera son exclusivas del autor citado, prueban lo fácil que es perder la noción de la realidad. Ni aún admitiendo que la pérdida escandalosa de unos veinte millones de vidas humanas en la última Guerra Mundial no sea de gran importancia; y la de los cincuenta millones de lisiados e inútiles, nos bastaría con tasar la desorganización en materia económica, con la falta de seguridad en lo que se refiere a la vida y la riqueza, y con la bancarrota general de los principios éticos y cívicos. Lo que se discute, sin embargo, en el texto, es si la influencia integral de la preparación para la violencia y el uso de la misma, desorganizan o no la contextura de la civilización moderna.

principio otra cosa que la aplicación de las técnicas políticas desarrolladas durante los años de 1914 a 1918 como tipo de régimen político, económico, educacional y de propaganda conveniente para llevar a cabo una guerra más grande.

La Alemania nazi desarrolló un sistema de valores, que podían mediante la técnica moderna de la propaganda y bajo la sanción de una policía perfectamente organizada, llegar a convertirse en la doctrina de toda la nación. Semejante doctrina, como puede verse fácilmente es funcionalmente adaptable a la creación de sentimientos artificiales, pero no por eso menos efectivos, de superioridad, agresividad, egoísmo nacional, y con una moralidad que armonizaría perfectamente con la de un cuartel universal. Paralelamente a la indoctrinación había que reorganizar completamente la vida social. La familia, el municipio, las escuelas, los tribunales, las iglesias y todas las instituciones de producción intelectual y artística fueron puestas directamente bajo la fuerza armada del control del Estado. Jamás habían sido sometidas antes en la historia de la humanidad, las instituciones autónomas, de una manera tan completa al control estatal. Nunca se había paralizado completamente el ejercicio de la cultura. Esto significa, en términos de psicología individual, que cualquier iniciativa diferente, cualquier formación independiente de un juicio crítico, cualquiera discusión que pudiera orientar a la opinión pública, cualquier controversia, habían sido reemplazadas por una aceptación pasiva de las verdades impuestas. En lo que se refiere a la estructura social de la nación, el control ejercido desde arriba había tenido el efecto de reemplazar la espontánea solidaridad entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre amigos y socios por un "espíritu de unidad" impuesto mecánicamente, para ser aceptado sin tomar en cuenta ningún impulso personal, ningún juicio razonable ni norma alguna de conciencia.

Sabemos bien, cómo los resultados de la investigación individual, la enseñanza de las diversas religiones y la creación de artistas han sido prescritas, limitadas y dirigidas. En religión, es notorio que el nazismo está tratando de substituir por su propio sistema dogmático, sus ritos y su ética a los principios cristianos, lo mismo pasa con la moral establecida de la civilización occidental y las convicciones del juicio científico.

No es necesario lanzar invectivas contra el sistema totalitario, no es lugar éste, seguramente, para la indignación moral y los puntos de vista parciales. La ética científica, en todo caso, debe limitarse a decir con claridad las consecuencias de una acción tipo, ya sea una empresa en pequeña

escala o un sistema mundial. La ciencia tiene siempre el derecho y el deber de señalar las consecuencias de una revolución cultural. Esto constituye los cimientos de la ciencia aplicada. La ciencia social no debe temer el predecir, el anticipar ni el desarrollar algunas éticas fundadas en la razón. Sin que esto quiera decir que tengamos el deber y nos tomemos la libertad de condenar ciertos fines en el terreno de la moral. Podemos, sin embargo, señalar, si así es el resultado de nuestra opinión y de nuestro análisis, que el totalitarismo debe de llevar a la destrucción de la nación con la que se ha asociado, y más tarde a la destrucción en escala internacional.

El totalitarismo es una expresión radical en el equilibrio de la balanza entre el Estado y la nación. Es radical debido a que los medios modernos de la movilización mecánica del poder, de los recursos económicos y de los valores espirituales ha llegado a ser tan peligrosamente efectiva, que es posible actualmente reformar comunidades enteras —de cientos de millones de seres— haciéndolas cambiar de nacionalidad, ejerciendo, transmitiendo y desarrollando una cultura hasta transformarla en una maquinaria bélica que pueda obtener la supremacía en la guerra, pero incapaz, seguramente de conservar la herencia de cultura nacional. La nación alemana, que una vez dirigió las ciencias y las artes, que cuenta con un folklore regional altamente diferenciado, con vida campesina y una gran diversidad de actividades económicas, ha sido transformada en un sistema de cuartel en grande escala. Sería una tarea histórica importante el mostrar que la grandeza de Alemania se debía a las diferencias tradicionales, regionales y raciales de sus componentes. La progresiva extinción de esta diversidad de elementos, es el precio que tiene que pagar la nación alemana por convertirse en un Estado tan poderoso. El nacionalismo dentro del sistema totalitario moderno es una forma perniciosa porque se ha convertido en el mayor enemigo de la nación misma.

¿Qué lugar ocupa el totalitarismo dentro de la política y la policía internacionales? Es obvio, que la humanidad se enfrenta ahora con dos alternativas, la victoria final a la larga, del totalitarismo o de la democracia. Ningún Estado organizado sobre la base de la paz, es decir, sobre el más completo y efectivo ejercicio de la civilización, puede competir con un Estado organizado para la eficiencia en la guerra. La victoria nazi puede ser final si la nación-Estado de Hitler asume por si sola el completo control de todo el mundo. Si esto fuera probable o siquiera posible, podríamos argüir que una vez que la humanidad queda sometida a un con-

quistador, se imponen en seguida las condiciones de la conquista constructiva y creativa, con los consiguientes resultados benéficos, obtenidos a precio muy alto, pero finalmente aceptados.

La posibilidad de una victoria completa de un solo Estado, no existe. Si Alemania gana, tendrá que reconocer cuando menos otros tres poderes totalitarios —Italia, Rusia y el Japón. Si Italia se elimina y se convierte en mero apéndice del hitlerismo, los Estados Unidos de América tendrán que pasar al rango de un país totalitario. En la presunción de que la Gran Bretaña sea vencida y absorbida por el “block” totalitario alemán, como le ha sucedido a Francia, los Estados Unidos deberán continuar aislados. Y esto significa nuevamente, o el abrazar el totalitarismo o dejarlo en un estado precario de materia política, económica y cultural semi-independiente. Afortunadamente, la Gran Bretaña está aún peleando la batalla por la libertad y la civilización, y como ha sido siempre su costumbre podrá perder todas las batallas exceptuando la última.

El totalitarismo, a menos que llegue a ser un imperio universal de una sola cabeza, no podrá ser fuente de estabilidad, sino por el contrario el origen de una era de guerras mundiales periódicas. El análisis antropológico sirve de sostén para quienes creen que la guerra debe de ser abolida. El nacionalismo, como demanda de autonomía cultural dentro de todo grupo unido por el lenguaje, la tradición y la cultura, es perfectamente legítimo e indispensable para llenar los fines propios de estas últimas. Semejante autonomía cultural de las partes que componen la humanidad del presente, ha sido y es el principio de la vida nacional del antiguo imperio Austro-Húngaro y de Suiza; lo es también, de las relaciones de las naciones latinoamericanas con su poderoso vecino los Estados Unidos de Norteamérica, estando las primeras incapacitadas del todo para defender su autonomía cultural por medio de la fuerza, pueden gozar de ella, gracias a los enormes beneficios de la política del “buen vecino”.

Vivimos en un mundo donde las modas van y vienen, y en donde los principios y los ideales más sanos se desacreditan porque se considera que están gastados o que han durado demasiado. Esta actitud es casi tan pernicioso como ciertos gérmenes del totalitarismo. Los estudiantes de las ciencias sociales deben de combatirla. Por mi parte debo reiterar las creencias que inspiraron a los más profundos pensadores y a los grandes luchadores de la última guerra. Creo que se debe librar una guerra legítimamente con el objeto de combatir y acabar con la guerra misma. Creo

que la paz futura de la humanidad es posible solamente sobre el principio de una república de naciones. Y creo también que una humanidad dividida aún en razas, culturas, costumbres e idiomas, la perfecta tolerancia en las relaciones raciales, en el tratamiento de las nacionalidades y de las minorías nacionales, lo mismo en lo que se refiere al respeto por el individuo, sería el verdadero manantial de todo progreso y los cimientos de la estabilidad. El gran enemigo actual es el estado soberano, aún el que encontramos dentro de las repúblicas democráticas, porque es cierto que ha alcanzado un desarrollo maligno de totalitarismo. El verdadero fracaso de la Liga de Naciones wilsoniana se debió al hecho de que todos sus constructores se rehusaron a pagar el precio que se habían impuesto previamente. No estaban preparados para abrogarse ni siquiera una onza de su soberanía nacional, olvidando que éste era precisamente el material con el que se había de construir la Liga de las Naciones.

A menos que valerosamente, con resolución y con la debida humildad, levantemos los principios, los ideales y los planes que se originaron primeramente en América y cuya primera declaración fué hecha también aquí, no estaremos en condiciones de vencer la mayor de las enfermedades de nuestra época. Sea que se le llame guerra total, totalitarismo, Estado soberano radical, o injusticia en materia racial, religiosa y nacional. Siempre resultará como una substitución de tener a la fuerza como argumento, a la opresión por la justicia, y a un crudo y dictado misticismo por la fe y la razón.

Institute of Human Relations Yale University.